

dable arma de la fe, nos dice San Pedro (1), pues *esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe* (2). Este es el secreto de nuestra invencible fortaleza, porque la verdadera fortaleza estriba en el vencimiento propio (3), y San Pablo nos exhorta á trabar esta noble batalla *embrazando el escudo de la fe con que podemos apagar los dardos encendidos del maligno espíritu* (4). Notad que el Apóstol llama «escudo» á la virtud de la fe, y esta es una de las mayores alabanzas que se la pueden tributar, porque es decirnos que la fe constituye una defensa universal contra todas las tentaciones, porque el escudo defiende todo el cuerpo; él guarda el brazo, defiende el pecho, ampara la cabeza, y no hay miembro que en él no tenga defensa. Y esto es literalmente lo que en nosotros obra la fe; ella no es como las demás virtudes morales, que son como piezas de la armadura espiritual del cristiano, y cada una defiende al alma del golpe de su contrario. La castidad, por ejemplo, nos ampara contra la torpeza y lascivia; la humildad contra la soberbia; la mansedumbre contra la ira; la liberalidad contra la avaricia, y las otras virtudes contra los vicios contrarios. Pero la fe es como escudo que acude á la defensa de todas las virtudes, resistiendo al golpe de todas las tentaciones y facilitando remedios para todos los vicios. ¡Desventurada el alma que carece de fe!; pero lo es en más alto grado la que, habiendo recibido de Dios este don gratuito é inestimable, llega á perderla, ó por lo menos vive como si no la tuviera.

Ejemplo. Escuchad lo que refiere de Sansón la Santa Escritura: Dotado de fuerzas sobrehumanas, mientras permaneció fiel á Dios, este hombre era invencible; su brazo de hierro sembraba el terror y el exterminio en los campos de

(1) Ephes., IV, 27; Jacob., IV, 7;
I. Petr., V, 9.

(2) I. Joann., V, 4.

(3) Prov., XVI, 32.

(4) Ephes., VI, 16.

batalla; por tres veces intentaron los filisteos, sus enemigos, apoderarse de él sobornando á Dálila, mujer con quien él vivía, para que les revelara el secreto de sus colosales fuerzas. Al fin, seducido por los halagos de esta mala mujer, Sansón cede y la dice que sus fuerzas radicaban en sus cabellos. Dálila se los corta, y los filisteos se apoderan de Sansón y le sacan los ojos, y juegan con él y le obligan á dar vueltas á una tahona, como si fuera una bestia, pues Dios se había retirado de él (1). Esto mismo acontece á los que, habiendo recibido el don gratuito de la fe, que constituye la fuerza y el vigor del espíritu, llegan á perderla ó no hacen de ella el uso conveniente: caen como Sansón en manos de sus enemigos y son juguete de las pasiones, y aun llegan á asemejarse á los animales, en frase del Apóstol, porque ya *no pueden percibir ni entender las cosas que son del Espíritu de Dios*, puesto que se han de discernir con la fe, luz espiritual que ellos no tienen (2).

No diré yo que carezcan de fe muchos que confiesan y comulgan con frecuencia y se ocupan en obras buenas y santas, pero que no adelantan un paso en el camino de la perfección á que son llamados; no osaré decirlo, porque sería injusto. Pero sí que puedo asegurar que Dios ha de exigirles cuenta rigurosísima, porque despreciaron ó no emplearon como debían este medio de santificación tan suave, tan delicioso y eficaz, como lo es el vivir con espíritu de fe. A estas almas desdichadas podría echárselas en cara la reprehensión que dió Jesucristo á sus Apóstoles cuando los vió turbados, vacilantes y llenos de miedo, teniéndole á Él tan cerca: Pero *¿dónde está vuestra fe?* (3). Como si dijera: ¿por ventura no me creéis Dios, y por ello, omnipotente? ¿No he obrado en

(1) Judic., XVI, 20.

(2) I. Corinth., II, 4; Psal.
XLVIII, 13.

(3) Luc., VIII, 25; Luc., XXIV, 25.

vuestra presencia milagros estupendos dando vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos, salud á los enfermos y vida á los muertos? (1). ¿A qué vienen, pues, esas dudas, esas vacilaciones, esos temores, esos miedos? ¿Dónde está vuestra fe?... Así podríamos argüir á muchos que pasan por buenos y devotos, para que abrieran los ojos del alma, que son los de la fe, y emprendieran una vida de espíritu y de fervor.

Práctica. Y ¿cómo obramos nosotros?, ¿cómo practicamos las obras buenas en que nos ocupamos todos los días? ¿Resplandece en ellas el espíritu de fe?, ¿llevan impreso el SIGNACULUM FIDELI, de que habla San Pablo (2), esto es, la marca de la fe, sin la cual no tendrán valor alguno á los ojos de Dios?... Como se trata de una virtud tan poderosa, tan fecunda y tan esencial, pues constituye, según el Concilio de Trento, «el principio, la raíz y como la piedra fundamental» de nuestra justificación y salvación (3), quiero ser más explícito y sobre todo más práctico, á fin de que todas me entendáis y os aprovechéis, con la ayuda de Dios. ¿Sabéis qué es obrar con espíritu de fe? Obrar con espíritu de fe, es practicar las mismas obras en que nos ocupamos, prescindiendo enteramente de lo que nos dicen las pasiones y los sentidos del cuerpo, y atendiendo sólo á lo que nos dicta la fe en cada caso. Pongamos algún ejemplo. La profesión religiosa constituye el más perfecto de todos los estados. Esto es cierto. Pero ¿por qué lo creemos cierto? Porque así nos lo asegura la fe (4). Pues qué, la razón natural, las pasiones y apetitos desordenados y los sentidos del cuerpo, ¿no nos dicen también lo mismo?... De ninguna manera; nos dicen todo lo contrario.

(1) Marc., VII, 37.

(2) Rom., IV, 11.

(3) Sess., VI, cap. 8.

(4) Matth., XIX, 21; 2. 2, q. 188, art. 6.

Ellas nos dicen que, siendo el hombre libre por naturaleza (1), no debe esclavizarse sometiendo ciegamente su voluntad y juicio al juicio y voluntad de otro; y por ello, el voto de obediencia es tiránico é irracional.

Las pasiones y apetitos desordenados nos dicen que debemos entregarnos en cuerpo y alma á los placeres de la carne y de los sentidos y á los pasatiempos y diversiones que ofrece el mundo; porque la mortificación y el ayuno, el cilicio y la disciplina tienden á enflaquecer y arruinar el cuerpo y á quitarle la salud y la vida en poco tiempo; por tanto, el voto de castidad que esto exige es contrario á la naturaleza.

La razón extraviada, los apetitos y los sentidos del cuerpo os dicen que habéis mostrado no tener juicio ni corazón al abandonar para siempre á vuestros padres, renunciando intereses, comodidades y quizá un porvenir brillante y lisonjero, para vestir un pobre hábito remendado y cubrir vuestras cabezas con una toca blanca, la cosa más ridícula y antiestética del mundo. Sí, faltas de corazón y de juicio os creen, porque no necesitando para vivir del socorro de nadie, os habéis obligado á vivir de limosna; y así, el voto de pobreza que á esto obliga es simplemente ridículo.

Las pasiones desordenadas y los sentidos del cuerpo os aconsejan que huyáis cien leguas de los enfermos asquerosos y repugnantes, porque os ponéis en peligro de perder la salud y la vida, bienes sumamente apreciables. Os dicen, en fin, que rompáis todas las trabas que os sujetan á tantas privaciones inútiles, y que gocéis de la juventud y saquéis de la vida todo el partido posible, ya que es tan corta (2).

Hermanas mías: aunque parezca increíble, así se expre-

(1) Conc. Trid., sess. VI, cap. 5; Deut., XXX, 15; Eccli., XV, 14-18; Jerem., XXI, 8.

(2) Job, XIV, 1-5; Sapient., II, 1-8; I. Corinth., VII, 29.

san los que carecen de fe, y son muchos por desgracia; esta es la vida que apetecen los sentidos y las pasiones; vida irracional, vida de brutos, en expresión de San Pablo (1). En esta atmósfera pestilente viven ó vegetan los mundanos.

Pero la fe nos habla de otra suerte; á la luz esplendorosa de esta antorcha divina descubrimos vastísimos horizontes llenos de encantos, de felicidad y de esperanzas. La fe es un talismán que tiene la virtud de embellecerlo todo, aun las cosas más repugnantes á los sentidos y pasiones. Ciertamente que habéis hecho el sacrificio de separaros para siempre de vuestros queridos padres y renunciar intereses y comodidades; pero es porque la fe os dice que en el cielo tenéis un Padre (2) que os ama entrañablemente desde la eternidad (3), el cual, lejos de echar en olvido vuestras necesidades (4), os dará *el cien doblado* en bienes espirituales y aun temporales, y después *la vida eterna* (5). Es cierto que os habéis ofrecido en holocausto al servicio de vuestro Esposo, renunciando con gusto vuestra voluntad y juicio, para someteros ciegamente á la obediencia; pero es porque la fe os asegura que la voluntad racional de vuestros legítimos superiores es la de Dios (6), y en esto consiste cabalmente lo más subido de la perfección. También es público que asistís con amor á los enfermos, porque la fe os enseña que son hermanos vuestros, redimidos, como vosotras, con la preciosa sangre de Cristo (7), y que *cuanto hiciereis por ellos, por Cristo lo hacéis* (8), y si llegáis á perder la vida en la demanda—como ya ha sucedido á algunas del Instituto—hallaréis abiertas las puertas de la gloria y en ella entraréis embellecidas con corona de

(1) I. Corinth., II, 14; Judæ, vers. 18-19.

(2) Isai., LXIII, 16; Matth., VI, 9; Matth., XXIII, 9.

(3) Jerem., XXXI, 3; Galat., II, 20.

(4) Matth., VI, 32.

(5) Matth., XIX, 29.

(6) Luc., X, 16.

(7) I. Corinth., VI, 20; I. Petr., I,

18-19.

(8) Matth., XXV, 40.

virgenes y palma de mártires de la caridad (1). Esto es obrar con espíritu de fe y en ello consiste la vida de espíritu: en cerrar los oídos á cuanto puedan decirnos la razón extraviada, las pasiones y los sentidos, y atender y practicar con fervor lo que nos enseñan las verdades de fe en todos los actos y circunstancias de la vida.

Por tanto, sabemos ya á qué atenernos y qué medios debemos emplear para no sucumbir en la lucha con las tres concupiscencias (2), enemigos capitales de nuestra alma. *Revestidos de la armadura de Dios* (3), seremos invencibles; defendidos por *el escudo de la fe*, seremos omnipotentes (4), porque *Dios, en cuyo poder estriba la victoria* (5), peleará con nosotros (6). Guiados por esta antorcha divina, *cuya luz disipa las tinieblas de la tribulación*, en sentir del Profeta (7), andaremos sin tropiezo por *la senda de Dios, que es inmaculada y como acrisolada al fuego de su palabra* (8), y gozaremos de *la paz que*, en frase del Apóstol, *sobrepuja todo entendimiento* (9), y que experimentan, según dice el Profeta, los que guardan la Ley divina (10); paz que, *á manera de caudaloso río*, dice Isaías, tiene virtud para apagar las llamas de nuestros apetitos, y templar el ardor de nuestras codicias, y regar las venas estériles y secas de nuestro corazón, y brindar celestial refrigerio á nuestras almas (11). Tales son las mercedes que otorga el Señor, aun en esta vida, á los que cierran sus sentidos para no ver, ni oír, ni obrar según las máximas del mundo y las tendencias de la carne y de las pasiones, y se rigen y gobiernan con los ojos y el corazón puestos en el

(1) Joann., XV, 13.

(2) I. Joann., II, 16.

(3) Ephes., VI, 11.

(4) Matth., XVII, 19.

(5) Judith., IX, 16; I. Mach., III, 19.

(6) Psal. XC, 15; Apocal., II, 16.

(7) II. Reg., XXII, 29.

(8) II. Reg., XXII, 31; Psal. XVIII, 8.

(9) Philipp., IV, 7.

(10) Psal. CXVIII, 165.

(11) Isai., XLVIII, 18.

faro esplendoroso de la fe que les señala el camino de la justicia (1) y el lugar de su eterna bienaventuranza.

Si deseamos también nosotros estos bienes, obremos con fe viva, porque «la fe, dice San Juan de la Cruz, es el medio »próximo para unirse con Dios por el amor» (2); y Jesús se desposará con nuestra alma (3), y viviremos estrechamente unidos con Él en esta vida, con la esperanza de consumir en la otra este inefable desposorio con la visión clara de Dios (4) en la patria de los Santos.

(1) Prov., VIII, 20.

(2) Sub. al Monte, cap. 9.

(3) Osee, II, 20.

(4) I. Corint., XIII, 12; I. Joann., III, 2.



PRÁCTICA DE VIVA FE
